

los hombres, para llegar á pensar en esta nuestra Vizcaya, donde unos de sus hijos abren con su laya y riegan con su sudor la tierra de la montaña, arrancan otros su pan al mar, y otros lo surcean á lejanos países, y pensaba en la sangre aquí derramada por guerras, en cuyo fondo aparece no poco del choque del espíritu del mercader con el espíritu del labrador, del hombre del mar y la ambición con el de la montaña y el ahorro. Tales choques producen la vida, como el de los hielos del polo y los calores del trópico en el Océano, y la vida necesariamente lleva consigo tempestades y galernas.

La vida misma es una tempestad más ó menos remitente, con horas de calma, y entre ellas, las más hondas y más puras, las horas de calma en la montaña. Tendido en su cresta, descansando en el altar gigantesco, bajo el azul infinito, el tiempo, engendrador de cuidados, parece detenerse. En los días serenos, después de puesto el sol, se dibuja la lontananza, las montañas teñidas de azul y violeta, que sostienen la bóveda celeste, tan clara y nítida, tan cercana como la mata de argoma ó brezo al alcance de la mano; las diferencias de distancia se reducen á diferencias en intensidad y calidad de tonos, la perspectiva á infinita variedad y trama de matices, parece que se puede tocar lo más lejano, aquellas crestas á tantas leguas de distancia. Todo se presenta entonces en un plano inmenso, y esta fusión de términos y perspectivas del espacio, nos lleva poco á poco, en el silencio que allí arriba reina, á un estado en que se funden los términos y perspectivas del tiempo. Se olvida uno del curso de las horas, y en un instante que no pasa, eterno, se siente en la contemplación del inmenso panorama lo hondo del mundo, la continuidad, la unidad, la resignación de sus miembros todos, y se oye la canción silenciosa del alma de las cosas de fuera. Los montes son entonces parte del cielo. en que se dibujan repujados, y el aire aromático y fresco parece venir á la vez de la tierra verde, de los montes de violeta y del cielo azul trayendo la frescura de sus tintas y la sutileza de sus líneas, y siendo consustancial con ellas.

Pero aún se va más lejos. Por fin las ideas se callan y aquietan, los cuidados se borran, como que se desvanece el contacto del cuerpo con la tierra, y el peso de aquél se disipa, el espectador se olvida y arranca de sí mismo, se pierde y enajena en el espectáculo, la comunión íntima entre el mundo de fuera y el escondido en el pecho del alma, que se despierta entonces, llega á la fusión de ambos, el inmenso panoramá y nosotros somos uno y el mismo, y en el silencio solemne, en el aroma libre, en la luz difusa y rica, extinguido todo deseo y cantando la canción silenciosa del alma del mundo, gozamos de la paz viva y verdadera, de una como vida de la muerte. ¡Cuántas cosas entonces que no se expresarán nunca! ¡Qué de nubes rosadas en cielo de oro que jamás se han de pintar!

Se baja de la altura pesaroso y se lleva después por mucho tiempo en el espíritu, el calor reactivo de la frescura de aquella hora santa y el eco de la canción silenciosa del alma del mundo, y cuando parece haberse disipado todo al sumergirnos en los cuidados de la vida, aún aquel aroma, en lo más hondo del mundo misterioso que duerme bajo la conciencia, puede refrescarse y embalsamarnos, y resonar de nuevo el canto eterno cuando una nueva evocación los vivifique.

MIGUEL DE UNAMUNO.

En Bilbao, Setiembre de 1893.

69
Eco de Bilbao

núm. 2

domingo, 29 de octubre
1893

1-87

1-87
(1-88)
(cuves)



1-87
LA JUVENTUD

Y LOS CARGOS PÚBLICOS

I

En cuanto en un pueblo empieza á despuntar un mozo y darse á conocer por su despejo ó aplicación, parece que todo el mundo vuelve simpáticamente los ojos hácia él y desea animarle en su carrera. Es una especie de ternura paternal la que despierta en sus convecinos.

Un pueblo, puede considerarse como una gran familia que, como ésta, tiene sus tradiciones, su hogar, sus hijos por nacimientos, por afinidad y por adopción, su espíritu íntimo. El movimiento de simpatía hácia el jóven de esperanzas, es algo como un sentimiento familiar en que van implicados dos deseos; uno más generoso, de abrirle camino; y otro, no tan desinteresado, pero justísimo y muy natural, de aprovechar sus aptitudes. Se le ayuda en la expectativa de gozarse un día el pueblo todo, en el provecho que adquiriera para sí y el que al pueblo procure y aún en la gloria que pueda proporcionarle.

Para satisfacer tan nobles deseos, no se ocurre otro medio que entregar al jóven el manejo de los intereses públicos para *ver lo que hace*. De tan equivocado concepto, respecto á cómo debe ayudarse á los jóvenes y, sobre todo, de tan desastrada idea de lo que son y para qué deben servir los cargos públicos, se originan no pocos males.

Un primer error es suponer tácitamente que el mejor modo de aprovechar las aptitudes de un joven de esperanzas, es colocarle en un cargo público, error á que la juventud corresponde no pocas veces estropeando sus facultades y desviando su más eficaz misión, por meterse en los enredos de los que se llaman partidos políticos. Raro es el que no claudica y cae en las continuas insinuaciones para que se encasille en un partido político, y raro es el que no lo hace de golpe y porrazo, con la desastrosísima educación que, respecto á los negocios públicos recibimos, y con las ideas confusas, vagas é incompletas corrientes en los credos políticos.

Si el joven, así embarcado en los negocios de la administración pública, pierde muchas veces en ello su tiempo, su verdadera vocación y su prestigio, como no vaya á medrar en cierto sentido, ó á buscar novia, porque de todo se vé en este mundo, si este joven decimos, pierde con la conducta del pueblo para con él, no puede perder menos el pueblo mismo.

VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USALE.S

458/43



La conducta de éste, es análoga á la de un comerciante y padre cariñoso, que viendo que un hijo suyo despunta en sacar cuentas, le entregara los libros de su casa, atándose las manos para intervenir en los ensayos infantiles.

El sentimiento de bonachona ó irreflexiva paternidad pública de que hablamos, suele revestirse de apariencias razonables, diciendo: es menester elemento joven, elemento joven, que se renueve esto, que salgamos de la rutina; los jóvenes, tienen más bríos y más iniciativa.

Aparte de que es tan falso que los jóvenes sean, por lo regular, menos rutinarios que los hombres maduros, como que la experiencia de los viejos les sirve de ordinario para cosa alguna, los mozos de quienes se esperan grandes iniciativas, se creen obligados á tenerlas, y no hay cosa peor que forzar la máquina. Un joven que vá á una corporación, cree que se halla obligado á *hacer algo*, y de ordinario, hacer algó, cuando no es deshacer, es perder el tiempo, ó cosas que valgan tanto ó más que el tiempo mismo.

Y hay mil ocasiones en la vida de los pueblos en que la más grande iniciativa consiste en refrenarse de tenerlas, y el ma-

por servicio dejar que las cosas corran libremente por su canal ordinario, desembarazando los obstáculos, sin meterse á nuevas canalizaciones.

Un joven que empieza á vivir, apenas sabe lo que vale el dinero y la vida, y quien en la de familia, regularmente dilatada, no ha pasado por mil perplejidades y aún angustias, quien no ha sentido la extensión de los sacrificios que de los vecinos exigen las necesidades públicas, está expuesto á tener iniciativas muy brillantes, pero muy poco provechosas.

Lo peor de todo radica en considerar á los cargos públicos como un aprendizaje para la vida y un muestrario de aptitudes, en vez de ser una cosa muy seria, término de una carrera útil y constante sacrificio por el bien público, sin idea de propia vanagloria; sacrificio muchas veces silencioso y oscuro. Y es que palpita el error, profundamente inmoral, de que los intereses públicos concernientes á todos, á nadie importan personalmente, que el dinero de todos no lo es de nadie.

Añádase á esto que las Corporaciones municipales suelen ser amenudo la rana ó conejillo de Indias de las teorías político-económicas, á donde acuden las gentes de teorías y los sectarios de los partidos militantes, á hacer experiencias *in anima vili* y á explicar, por vía de ensayo y propaganda, las doctrinas del partido y su programa.

Todo lo dicho no es más que como introducción al mal más grande, á la peor gangrena que esta tendencia á la *neocracia*, ó gobierno de los jóvenes, trae consigo.

Porque de ese espíritu que lleva á entregar en manos de los mozos que bullen la administración pública, se originan males de un género que es conveniente exponer, señalando á la vez la plaga gangrenosa que cae sobre un pueblo que se deja sorprender por los señoritos que jamás han tenido que ganarse con su sudor ni un capricho siquiera (como no sea con la baraja), y que echándolo todo á barato, juegan con los intereses generales, en cualquier taberna de buen tono, jactándose de escandalizar á las *reventantes* personas formales.

Pero esto merece artículo aparte.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Eco de Bilbao

núm. 3

domingo, 5 noviembre

1-88

1893

LA JUVENTUD

Y LOS CARGOS PÚBLICOS

II

Las personas que parecen, por razones de todos conocidas, más apropiado para los cargos públicos, son aquellas que, no teniendo que trabajar, disponen de tiempo y de cierto reposo de espíritu, libre de los cuidados más angustiosos. De aquí que al fijarse un pueblo, ó los que lo manejan, en la flor de la juventud para embarcarla en los cargos públicos, detenga su mirada en los jóvenes, que, al atractivo ya expuesto de la edad, unan las ventajas que dá el haber heredado una posición desahogada y el, sino carecer en absoluto de quehacer, ser éste más bien nominal y por fórmula, que efectivo y eficaz.

Pero no todos estos jóvenes, y de seguro no siempre los mejores, suelen estar dispuestos á que llenen una candidatura con sus nombres, y entre los que acceden á ello, si bien los unos lo hacen movidos por noble ambición, los otros van á divertirse. A divertirse, así, como suena; á jugar con el público. Es este un fenómeno digno de ser señalado.

Apenas hay población algo populosa y próspera, sobre todo donde al amparo de esta prosperidad se ha improvisado con fortunas rápidas esa burocracia brutal que pretende sustituir á la extinguida nobleza, apenas hay tal población en que no abunden jóvenes de la *high life* burocrática, más ó menos gomosos ó *juerguistas*, huelan á perfumes ó á cerveza y vino, que se apelotonan y agazapiñan evitando el contacto con las pobres gentes que les rodean, dan en el prurito, ya de entender la vida y gozarla mejor que otros, ya de pasarla aburridos, y casi siempre en despreciar, con el desprecio del holgazán y el fátuo, á las pobres gentes que tienen que ganarse el pan de cada día, á los que llaman *mercachifles*, á los que se entusiasman por poco motivo, á los que viven encarrilados y no saben paladear el ingenio y distinción de estos señoritos.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USALE.S